

Santiago, ese tabú.

Por Condottiere, 01/07/2009.

Durante la posguerra mundial existió algo llamado *reeducación*: fue la idea de que el pueblo alemán debía pensarse de nuevo a sí mismo, renunciando a su pasado, pues en él estaban contenidos los gérmenes de lo que llegó a ser el nazismo. Toda manifestación de germanofilia fue por ello mirada con recelo e incluso combatida.

Impulsado por los vencedores de la guerra, fue un proceso que benefició sobre todo a la izquierda, pues, por un lado, permitió correr un velo sobre los crímenes del comunismo; pero, además, el pensamiento que más a mano tenían los alemanes para reinventarse era el neomarxismo de los **Adorno**, **Marcuse** y demás.

Ver a esta luz la política española del posfranquismo resulta esclarecedor. En este caso, la izquierda no ha sido sólo la beneficiaria, sino la impulsora de una *reeducación* de los españoles en la que el fantasma de **Franco** y el franquismo venía a representar el papel de **Hitler** en el caso europeo. Si a España no la había de reconocer ni la madre que la parió, en frase textual del más *guay* de sus *reeducadores*, todos los mitos hispánicos que el franquismo hizo suyos habían de acompañarle a la gehenna de la historia, igual que todo lo germánico había de ser enterrado con **Hitler**. El modo vergonzante en que España trata hoy a su Santo Patrono, arrinconado en una autonomía y privado de su condición de fiesta nacional, entra de lleno en esa lógica. Y lo triste es que la derecha, política y social, se ha sumado al experimento con la cabeza gacha, exactamente como el pueblo alemán cuya culpa colectiva no dejó de ser cebada por los vencedores, e ignorando que fue ella, la derecha, quien venció al totalitarismo con las armas y quien, a la postre, trajo la democracia.